

Parece estar profundamente enraizada en el pensamiento y la expresión de quienes luchan por cambiar el mundo, la inquietud por definir, describir o imaginar un absoluto "afuera", opuesto y hostil a lo que existe. La increíble capacidad que ha mostrado esta sociedad para asimilar prácticas y conductas que se le oponen, ha acentuado el deseo revolucionario del "otro lugar" de definirse tan lejos como sea posible, puro e inasible para la ideología dominante, fortificado en su alteridad.

La sensación de linealidad del tiempo parece amenazar los sueños de un futuro diferente. Como si en la cadena de la historia el presente transmitiera de eslabón en eslabón la infección, la maldición de una vida marcada por el infortunio. Así, por lejano que parezca el futuro, para asegurar su alteridad han de cortarse los puentes, la cadena del tiempo debe romperse. El "otro", la absoluta alteridad, debe estar separado, lejos, "afuera". No es casualidad que una metáfora espacial nutre y asegura la imagen de un futuro radicalmente distinto. En el espacio el concepto del límite tiene algo de irrevocable, de definitivo. Una imaginación que sueña al otro requiere de esta garantía para describir el futuro como "otro lugar".



En las huellas de

¿No es por esta razón que la mayoría de las utopías que buscan describir o mostrar un futuro diferente adquiere precisamente la forma de un lugar diferente donde la vida sería diferente? La descripción de una vida así, a través de las imágenes de una ciudad ideal y lejana tiene, en efecto, el poder de definir lo distinto, el afuera, de una manera que parece tangible. ¿Pero qué ocurre cuando el sueño de una vida diferente, liberada de la opresión y la explotación, crea hoy, ante nuestros ojos, lugares reales donde lo distinto y lo igual, la negación y la afirmación, se entretejen y se enfrentan? ¿Qué ocurre cuando en el vigilado perímetro de lo normal se abren pasajes hacia lo otro?

Los pobladores chilenos, durante los años de la Unidad Popular, en la autogestión de sus colonias construyeron fragmentos de una cultura y de una estructura social distintas. Por su parte, en sus colonias y fincas ocupadas, los actuales campesinos del Movimiento de los Sin Tierra administran esos fragmentos, al igual que los trabajadores de Argentina, en su propia experiencia híbrida, tratan de conducir su trabajo sin patrones, de manera colectiva.

Esta acción, que construye lugares de otra parte aquí, lugares del futuro hoy, está en el centro de la política de los zapatistas. La autonomía

de sus zonas no constituye la materialización nacida para morir de una imperturbable utopía, sino un esfuerzo, lleno de contradicciones, por un mundo en el quepan muchos mundos. Si hacemos nuestro un término que usó Michel Foucault, pero modificando su contenido, quizá podamos describir esos lugares del otro que actualmente emergen de la acción colectiva, como *heterotopías*.

El Centro de Capacitación de Promotores Culturales Compañero Manuel, una escuela en el corazón de la selva en donde no se enseñará la civilización de los conquistadores a los oprimidos, sino donde se buscará la civilización, las civilizaciones, de la libertad de los indígenas rebeldes, es una de esas *heterotopías*. En sus edificios construidos con innumerables carencias y mucho trabajo, se reúnen aquellos que aprenderán para enseñar a otros y éstos a su vez a otros más, no un conocimiento apoyado en el poder, sino conocimientos y cuestionamientos apoyados en la esperanza. En el programa educativo de los zapatistas predomina el plural: aprender las historias y no la historia, las geografías y no la geografía, las culturas y no la cultura. Es el plural lo que también nutre la experiencia de la *heterotopía*. Si los zapatistas soñaran un absoluto "afuera", esta escuela tendría la forma de un arca vol-



Estructura de los salones y trabajo en los techos (enero de 2002)

Colocación de material aislante (cartones de huevo) al interior de los salones (noviembre de 2002)



una heterotopía



Detalle de las columnas de soporte de los salones

cada sobre sí misma, introspectiva. En sus protegidas bodegas se guardaría la semilla del futuro para cuando las aguas del diluvio capitalista se hayan retirado. Sin embargo, esta escuela, con sus techos inclinados y sus tenues paredes llenas de fisuras, es sobre todo un pasaje, una membrana porosa, una encrucijada de esperanzas. La inquietud por la construcción de otro mundo la traspasa, las contradicciones e interrupciones de una lucha semejante la desasosiegan. En su interior el conocimiento se cruza con la alegría de una fiesta colectiva, el cuestionamiento se encuentra con el cuidadoso estudio de las tradiciones indígenas y la utilidad del conocimiento práctico encuentra en su camino la fuerza de la imaginación creativa.

Estas encrucijadas son un componente esencial de la heterotopía. En cierto sentido la heterotopía es un umbral dilatado, a la vez temporal y espacialmente. Un espacio de transición donde ocurre, con todas sus contradicciones, el nacimiento de nuevas experiencias sociales. Si los zapatistas "avanzan preguntando" es porque el futuro como un lejano "otro lugar" no existe en alguna parte de un horizonte inabismable. En su pensamiento y acción políticos, hondamente marcados por el saber de las culturas indígenas, el camino se hace conforme se avanza. Las comunidades

Estructuras de los dormitorios y de la biblioteca (enero de 2001)

aprenden de sus errores, no corrigen simplemente la realidad de la lucha bajo la norma de la utopía. Y si en el levantamiento de 1994 o en la Marcha por la Dignidad, los zapatistas no hablaron en nombre de otros, sino que dieron la palabra y el lugar a "todas las minorías oprimidas que son mayoría", es porque en su cultura política sobre todo tiene importancia el nacimiento de espacios de libertad y de acción. Las heterotopías zapatistas nacieron en pueblos y ciudades durante la gran marcha. En la Ciudad de México la gente construyó, aunque de manera provisional, su propia heterotopía de la solidaridad. Toda acción de rebelión, grande o pequeña, construye hoy, aunque sea por poco tiempo, su propia heterotopía de la dignidad en un mundo de terror.

Una red hecha de semejantes experiencias colectivas de heterotopía puede finalmente dar sustancia a la visión de un mundo liberado en el que se busca que quepan muchos mundos? ¿Y una escuela en el fondo de la selva puede marcar, puede materializar, sin temor a los problemas, una perspectiva semejante de emancipación social? Además, es por azar que en la construcción de esta escuela-pasaje, escuela-encrucijada, escuela-umbral, se hayan encontrado personas de países, culturas, costumbres e historias tan distantes. Si la esperanza los unió fue porque

en las comunidades zapatistas la acción cotidiana es la muestra más tangible del nacimiento de una cultura de la emancipación que no trazará límites sino que tenderá puentes. Una locura, un sueño y mucho trabajo en Grecia y en México dieron a luz un símbolo material más de esta perspectiva de emancipación. Todo este esfuerzo, a cada paso, generó experiencias de heterotopía. Los procesos de diseño y realización de la escuela constantemente tendieron puentes entre las distancias: distancias de cultura, distancias en los mapas, en la selva que algunos atravesaron para llegar a trabajar en la escuela; entre el sueño y los recursos disponibles. La escuela no es una heterotopía; la escuela se construyó, se construye y vive como heterotopía. Y si algo marcó su inauguración, con las discusiones sobre la educación en la rebeldía y los festejos que la acompañaron, es que la heterotopía es camino y no fortificación. Es, tal vez, barco y no arca. Se parece a ese otro barco que recibió en la selva lacandona el Encuentro Intercontinental que organizaron los zapatistas abriendo así sus velas hacia otro mundo; barco de locos acaso, pero que lejos de ocultarse en puertos secretos navega en los mares del archipiélago social.

Traducción de Francisco Torres Córdova



Trabajo de un grupo griego en los dormitorios (noviembre de 2001)



Un día de clases en los salones (julio de 2003)